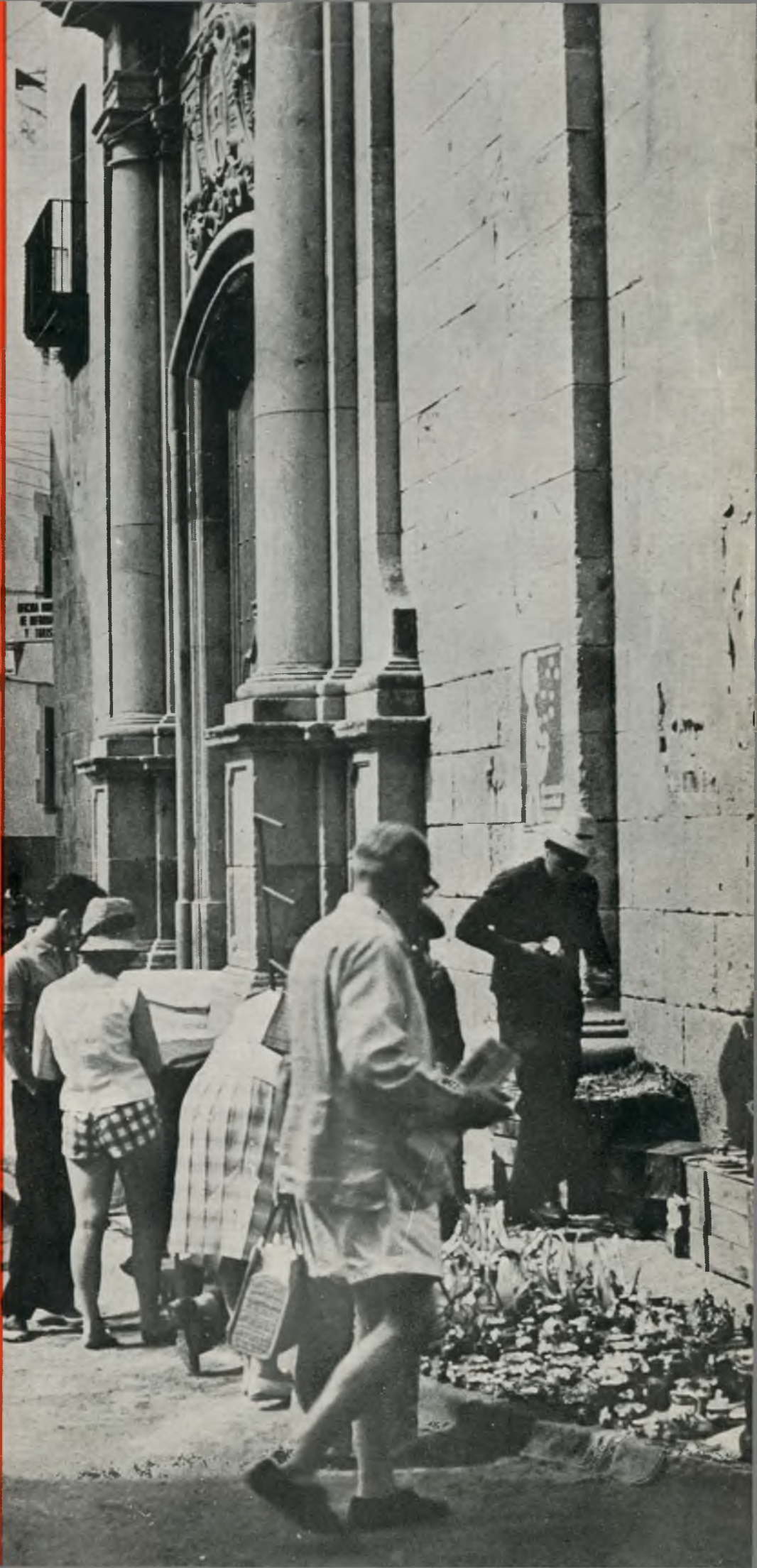


UNISSO

TOSSA, AGOSTO 1966
AÑO II - NUMERO 15

10 PESETAS

- **Tossa**
por Joan Alavedra
- **Ultima carta
de Tossa**
por Félix Ros
- **Tossa,
bella época**
por Mario Lleget
- **Popularidad
de la Sardana**
por José M.^a Peix
- **Descubrimiento
de Tossa**
por Jorge Elias



Las calles ya iluminadas vuelven a inundarse de personas. En los escaparates de las tiendas la luz brilla con potencia, dando realce a los objetos expuestos. Incluso las piezas de quincallería parecen joyas de valor.

Las mesas, en las salas o comedor de hoteles y restaurantes, van quedando solitarias.

La gente, mucha gente, se ha volcado otra vez a la calle después de la cena. Se les ve andar pausadamente, correctamente. De vez en cuando algunos se agrupan delante de un escaparate, por curiosidad o para hacer tiempo en espera de que empiecen los espectáculos. Visten bien. Algunos impecables e incluso con elegancia. Hay otros, estos son chicos solos, que van a grupitos, que se les ve entrar y salir de las salas de fiesta o bares. Con prisa. Andan de un lado para otro como si buscaran algo no encontrado hasta el momento. Sólo se

que realzan el típico sabor de pueblo marinero. En ella hay un bar. Es un bar pequeño. Adornado con sencillez y gusto. De las paredes cuelgan unas redes con sus boyas de cristal color azul, verde, blanco y "tabaco". En la barra, entrelazados dos remos y en medio, una vieja áncora. Enzarzadas en las redes, cuatro langostas disecadas. Unas "gambinas" y brillantes cáscaras de "cabras" y otros crustáceos. Una tenue luz amarillenta enmarca el lugar.

Entro a beberme un refresco y a fumar un cigarrillo. Nada de licor. Bastante tenemos con la alta temperatura que nos ha dejado el bochorno del día.

Sentados en un rincón tres mujeres y tres hombres brindan con champán. A veces alguno de ellos habla con voz baja, mientras los otros permanecen callados con las orejas atentas y los ojos fijos en el que está hablando. Al poco estallan risas



Pequeñas estampas tossenses

PASEO NOCTURNO

paran cuando tropizan con algunas chicas. Les dirigen unas palabras acompañadas de grotescas gesticulaciones y si no se les hace caso, hala, a correría otra vez. Estos, en el fondo, da pena verlos. Se complementan los malos modales con su manera de vestir.

Y así empieza la noche para algunos. La noche veraniega y turística. Parece que la vida nocturna hace cambiar la fisonomía del lugar y de las cosas. Aunque esto se puede decir de aquí y de otros lugares.

Hoy es un día cualquiera de verano. Bueno, una noche cualquiera. No es necesario sea festivo ni víspera de fiesta para que esté a rebosar de personal.

He pasado por la calle más concurrida, la que se puede decir la calle mayor, al paso que impone la multitud, cuando ésta anda despacio, y al llegar junto a las murallas, sigo por el Paseo del Mar. Este se encuentra más solitario. Aquí los invasores son los coches aparcados. En uno de ellos, unos juvenuelos se entretienen haciéndole inscripciones y dibujos, sirviéndose del dedo como tiza y el empolvado del coche como pizarra. Un poco más lejos, unas parejas se pierden bajo la sombra de los árboles.

Las terrazas de los bares cara al mar se van llenando y rellenando de gente. Una ligera brisa sopla de garbí, haciendo más agradable su estancia.

Me dirijo a una de estas calles que tanto nos gusta verlas de día. Tranquilas, limpias y cargadas de flores. De esas calles

y fuertes carcajadas que enrojecen aún más el color de su piel. Euforia y otra vez el brindis. Por unos momentos solo se oye el zumbir de un aspirador de aire. Es cuando beben.

Otra vuelta por más calles y el ruido de taconeos en un "tablao" con sus palmas y rasgar de guitarra, nos demuestra que estamos delante de uno de esos bares de cante y baile flamenco. Digo delante, porque de momento es imposible entrar. La gente está apiñada a la puerta, que parece un racimo de cabezas humanas. Entre empujones de los que entran y salen, me encuentro de pie junto a la barra. Esta vez, me tomo una copa. En el tabladillo, actúa un muchacho que como otros, por lo general, acostumbran tener el pelo negro y rizado, agitanado o gitano de pura cepa. El cuerpo fino y ligero como un mimbre. Le acompaña un "tocaor" y un "cantaor". A veces sus dedos imitan el sonido de los palillos, mientras sus piernas taconeos con asombrosa rapidez.

Voy a un par de locales, de esos llamados "night club". De uno de ellos salen a trompicones un grupo de jóvenes. Siguen calle abajo armando gran alboroto. De no sé donde, sale una enérgica voz de mujer que indignada les grita. Del escándalo sólo parecen indiferentes los vermellones geranios que cuelgan de las ventanas. Como sigue la camorra, intervienen con eficacia los guardas del orden.

Y... ya tengo bastante. Mañana, seguramente, otra vez lo mismo. Bueno, los otros, porque yo ya me retiro.

JOSE FIGUERAS



CARTA DEL DIRECTOR

CAMPAMENTOS JUVENILES DE TRABAJO

Recuerdo que en una de las visitas realizadas en Ampurias, acompañado de don Rafael Sánchez Mazas, visité, con todo detalle, las nuevas excavaciones que se están realizando en aquel sector, cuna de la civilización latina. Allí me atendió el doctor Martín Almagro.

De entre los asuntos de gran interés de que hablamos, una me llamó poderosamente la atención. Estaba relacionado con el primer campamento montado en España, en donde se dieron cita, durante varios días, unos 40 universitarios de los más diversos estudios y pertenecientes a once nacionalidades.

Me interesé para conocer más detalles de esta singular faceta de nuestros universitarios-obreros, que, sin duda alguna, desconoce mucha gente en España, pero que en Francia, por ejemplo, el escul-tismo católico ha realizado una labor digna de todo elogio. Ha construido carreteras que facilitan el acceso a los santuarios de montaña y ha restaurado iglesias rurales, amén de otras muchas realidades.

El campamento, en las excavaciones arqueológicas de las ruinas de Ampurias, se hallaba instalado en un pequeño bosque, casi al pie de las murallas del pueblo de San Martín de Ampurias. El horario de trabajo, me dijo el doctor Almagro, era de 8 a 11 por la mañana, y de 3 a 7 por la tarde.

Naturalmente, ya suponemos que el rendimiento en el trabajo no era muy alto, sobre todo al principio. Después, es de suponer que progresaría poco a poco. No importa la labor en sí, lo verdaderamente vital para el universitario-obrero español, y lo consideramos de gran interés para todos, es conocer a fondo la intensidad del trabajo. Además, relacionarse con la población civil y tratar de conocer y comprender sus problemas. De este modo, serían unas bien ganadas vacaciones en la Costa Brava, donde no debe olvidarse que tampoco faltan las competiciones de natación, boxeo, fútbol y, por sobre todo ello, la gran camaradería juvenil.

Estaban representadas las siguientes naciones: Italia, Alemania, Méjico, Irlanda, Grecia, Holanda, Dinamarca, Inglaterra, Bélgica, Portugal y España. Entre los sajones, sobre todo el grupo alemán, era donde había más espíritu de trabajo. Los latinos también, pero no tanto. Los españoles solamente eran siete, incluidos los mandos, y ello es de lamentar. Porque si nuestros universitarios supieran la gran labor que se podría realizar con su colaboración, no es quimérico afirmar que pronto muchos monasterios, actualmente en ruinas y en un estado de semiabandono, dejarían de ser una triste leyenda para convertirse en una espléndida realidad.

Creo que sería oportuno estudiar la posibilidad de que otro grupo de entusiastas jóvenes, de fervientes católicos, trabajasen en las excavaciones de "Vila Vella". Y cuando este grupo terminase podría empezar otro. Así, cada verano habría en Tossa otros muchos que proseguirían e intensificarían la labor tan felizmente iniciada y continuada en Ampurias, para gozar con ellos, en su trabajo, en su camaradería y en sus diversiones, junto a las egregias ruinas romanas de "Vila Vella", de una importancia indubitable.

JAVIER DALFO



TOSSA, AGOSTO 1966
AÑO II - NUMERO 15



REVISTA MENSUAL
EDITADA POR EL AYUNTAMIENTO
DE TOSSA

DIRECTOR:
JAVIER DALFO HORS

FOTOGRAFÍAS
DE MANUEL FABREGAS,
MARCELINO CUATRACASAS
Y JOHN S. ZODY

REDACCION Y ADMINISTRACION:
CASA CONSISTORIAL

PRECIO DEL EJEMPLAR: 10 PESETAS

IMPRESO EN
ARTES GRAFICAS TRAYTER DE FIGUERAS

DEPOSITO LEGAL: GE. 215 - 1965

NOTICIARIO

BREVE



1 Tras las doce campanadas de la noche del día catorce de agosto, en los primeros minutos, primeros instantes del día de la Asunción, se inició la santa misa en las ruinas de la antigua iglesia del siglo XIV, consagrada a San Vicente mártir, y enclavada en el más bello mirador de "Vila Vella". En el siglo XVIII con la aportación de todos los fieles de la población se construyó la actual parroquia, ya que la villa se había ido hacia el llano y allí cerca querían venerar al Santo. La antigua iglesia, ya algo derruida, quedó abandonada, y los vientos marinos cuidaron de dejarla en el estado actual, en que sólo la bóveda de lo que fue altar mayor, se conserva. Y fue en este lugar, donde el párroco reverendo Gumersindo Palahí cuidó se dijera esta misa en honor a la Virgen, la cual, fue oficiada por el reverendo Francisco Rosós. El camino hacia el lugar, ofrecía los múltiples atractivos que el pueblo brinda a sus visitantes. Una barca pescando con luces presentaba toda la transparencia de aquellas aguas, en una noche que la luna no estaba, no le tocaba estar, porque su resplandor hubiera hecho sensiblemente menos íntima la ceremonia. Muchos fieles acudieron como en peregrinaje. Una misa que nos recordaba la navideña del Gallo. Pero aquí, al aire libre, con una iglesia que tenía por bóveda las estrellas del cielo. Todo era inmenso. Y todo silencioso. Que la inmensidad también ayuda a esta fervorosa concentración humana. Casi doscientos años sin que allí se oficiara la santa misa. Y ahora, en latín, con cortas homilias sobre la Virgen, pronunciadas en diversos idiomas. Hombres de varios pueblos oraron a la Virgen y pidieron su intercesión por el mundo. El "suelo" de la inmensa iglesia no era muy liso. Por ello, a la hora de la Comunión, oficiante y ayudantes acudieron donde se hallaban los fieles para darles la Sagrada Forma. Dios venía al hombre. Y éste le recibía humildemente. Unos pájaros volaban. Por si alguien quiere mencionarlo como símbolo. Desde una ventana, quizás la única, se veía allá abajo el pueblo, en una confusión de arena y agua y unas barcas blancas, quietas. Mientras, se entonaba el "Jo crec amb Vos".

2 Un equipo de hombres-rana del CRIS rescataron dos cañones, en la bahía, después de haber permanecido más de 200 años en el fondo del mar. Los cañones, se cree, pertenecían a la defensa de las murallas del siglo XII. Miden unos tres metros de longitud, y un peso que sobrepasa los 3.000 kilos cada uno. Durante más de diez horas lucharon los hombres-rana, para extraer los dos cañones, situados bajo el faro de la bahía, a una profundidad de doce metros. Se sabía de la existencia de los mismos, así como de un indeterminado número de balas, que yacían en el fondo del mar desde los tiempos de la invasión francesa, en que los habitantes de la población decidieron arrojarlos al agua antes de que cayeran en manos del enemigo.

3 El Gobierno Civil de Gerona, de acuerdo con la Junta de Espectáculos, ordenó una investigación y la prohibición total de cualquier espectáculo taurino en la plaza de toros portátil, instalada aquí recientemente, ya que no reunía las condiciones de seguridad y decoro previstas en el reglamento de espectáculos taurinos.

4 Dos embarcaciones dedicadas al transporte regular de viajeros sufrieron una colisión junto a la playa. Al parecer el choque se produjo cuando el barco "Sirón" que salía de Tossa en dirección a Lloret se encontró con "Los Pasajes", otro barco que, procedente de Lloret, arribaba a Tossa. En un principio se creyó que las dos embarcaciones chocarían de proa, con lo que la colisión hubiese sido tremenda, pero gracias a su hábil maniobra de los patrones se logró que tan sólo la proa del "Sirón" se adentrara en la banda de babor de "Los Pasajes". Aunque las dos embarcaciones iban totalmente abarrotadas de pasajeros no hubo que lamentar ninguna desgracia personal, pudiendo llegar el barco averiado hasta la playa donde desembarcaron los turistas, sin otras consecuencias que el correspondiente susto.

5 La Delegación Provincial de Bolos, por medio de su vocalía de Petanca y en colaboración directa con los directivos del "Camping Pola", organizó una interesante jornada de Petanca a base de una Competición Internacional, en la que tomaron parte equipos de Francia, Italia, Suiza y Bélgica que junto con los españoles disputaron esta Competición Internacional. En total fueron diez los equipos que se las entendieron en las bien cuidadas pistas del mencionado "Camping", en unas magníficas y disputadas partidas que fueron todas ellas muy aplaudidas por el numeroso público que llenaba totalmente el recinto. Se proclamó vencedor absoluto de esta Competición la tripleta De Marco al vencer tras reñida y emocionante partida final a la tripleta Prat.

6 Como estaba anunciado, se disputó, en la bahía, la II Travesía a nado, que reunió a un considerable número de participantes de la provincia y región catalana. Se proclamó vencedor, en categoría masculina, Gabriel Navarro, del C. N. Montjuich, siendo el primer clasificado provincial Carlos Moner, del C. N. Bañolas, en doceavo puesto. En veteranos triunfó Felipe Sánchez Babot. En femenina se impuso Esperanza Soler, del C. Natación Barcelona, siendo Mariona Masgrau, del C. N. Bañolas, la primera clasificada provincial. La participación extranjera se vio igualmente muy concurrida venciendo en menores de 15 años Jonh Newbery y en mayores Nordic Nossan. En nuestro próximo número, y en la Página Deportiva, daremos una más amplia y detallada información sobre este gran acontecimiento deportivo.

7 En el próximo Ciclo de Teatro Latino, alternando con prestigiosas formaciones dramáticas francesas, italianas y del país, se registrará en Barcelona el debut de un "Esbart", del que ya hace tiempo hemos oído hacer muchísimos elogios, y que se ha ganado un lugar destacadísimo, como lo prueba esa su incorporación a un festival de tanto empaque como el tradicional Ciclo de Teatro Latino. Se trata del "Esbart Dansaire de Rubí", que, presentado por el "Verdaguer", estrenará un nuevo "ballet" titulado "TOSSA 1914".

Un poeta árabe de la Edad Media —Hafiz, el gran Hafiz de Chiraz— escribió al principio de una de sus ghazels un verso que luego se convertiría en slogan: *“el tiempo pasa volando”*. Bueno, Hafiz dijo exactamente: *“el tiempo pasa volando y Hafiz sostiene en su mano una copa llena hasta la mitad”*. A la sazón, Hafiz se hallaba en la mitad de la vida, cuando el hombre puede medir, o comprender, lo que ha dejado atrás en su loca juventud y lo que, por gracia de la Providencia, aún le queda por vivir en este mundo. Hafiz, llamado con razón “el bardo del amor y del vino”, monje alcoránico por más señas, escribía esta famosa ghazel bajo el doble imperativo —difícil de compaginar según nuestro estilo occidental— de su dedicación al Corán, a Leila (su amor) y a las buenas jarras del vino persa. Pero era un poeta, y ya sabe que a un poeta una de dos: o se le perdona todo (si es un gran poeta como Hafiz), o se acepta —que es lo mismo— cuanto le dicta su inspirada lira.

El caso es que lo del tiempo, eso de que los días y los años pasan volando, puede aplicarse tanto en aquellos años y días de la Edad Media como en nuestra época de prisas. Y puede ser válido tanto en Tosa como en Chiraz, y tanto en la Tossa de la bella época como en la Tossa actual. Y así fue como releendo a Hafiz —uno de los “santos” de mi devoción— evoqué sin darme cuenta la Tossa de los felices veinte. ¿Quién se acuerda, a estas alturas, de la Tossa de la época del charlestón? Pues es de esa Tossa de antaño de lo que quiero hablar en estas acogedoras columnas. Una Tossa que contrasta en grado sumo con la villa veraniega de nuestros días.

Por aquel entonces, en Tossa apenas había turistas. A lo sumo, las avanzadas de la actual ola de suecos, alemanes, ingleses, franceses y, para abreviar, gente de todo el mundo, eran los pocos barceloneses que hace cuarenta años se prendaron del paisaje de Tossa, hecho de mar y montaña a un tiempo. La gente de entonces todavía no había descubierto el turismo y sólo se desplazaba —antes de la época de las vacaciones masivas y pagadas, y antes del imperio de Su Majestad el Automóvil— hasta los alrede-

T O S S A , B E L L A E P O C A . . .

dores de su ciudad. Corrían los tiempos de la “Font del Gat” y de otras muchas fuentes no menos famosas, tanto aquí como en el extranjero. Eran los tiempos dorados de los balnearios, cuando la moda a lo Tutankamen imponía como norma descansar a la sombra de unos benditos árboles, para “tomar las aguas”. El dinámico charlestón, precursor en más de un sentido de la minifalda y del ye-yeísmo, se acobar-

daba ante el mar: frente a ese muro azul, como lo llaman los actuales buceadores y amigos de tostarse al sol, que hoy constituyen legión.

De todos modos, a estos veraneantes aunque escasos, de los felices veinte, les corresponde el honor de haber sido —en parte— los precursores del actual “boom” turístico. Y digo en parte, porque la otra mitad (si no más) pertenece al mundo artís-



tico. Tossa, de hecho, fue descubierta hace muchos años, pues es la primera población de la Costa Brava que resultó favorecida por el alud turístico; moderado al principio, desbordante en la actualidad. Y, si no, vean lo que escribe Julián Peiró en la revista figuerense CANIGO, extraordinario de junio del presente año: *"Bastantes años antes de que el "boom" tan traído y llevado se rompiera las narices en las costas catalanobaleáricas, muchos años antes de que la corriente humana hiciera abandonar sus barcas a los pescadores, para dedicarse a tareas más cómodas, sino más lucrativas, que no es del caso señalar, Tossa (como Cadaqués, como Palma, era ya feudo del turismo). No era un turismo numeroso; pero sí importante. Era un mundillo de artistas que llegó a la población en el inquieto período de entreguerras, y se quedó a la sombra (píncel, pipa y sombrero) de la "Vila Vella"*.

Esta es la Tossa de la bella época, cuando en Barcelona se vivía alegremente en pleno auge del Paralelo y de los "music-halls"; cuando el modernismo —que ahora vuelve por sus fueros a caballo de la versátil moda— era el último grito artístico, el "dernier cri" de una Cataluña más volcada que nunca hacia París. Una Barcelona y, por supuesto, claro está, una Tossa que la reflejaba, mitad respirando a Montmartre y mitad admirando a Carlos Gardel. Era la época del tango, tanto como la del charleston. Una época loca —se ha dicho— pero que al lado de la nuestra nos parece, es preciso confesarlo, tan feliz como confiada e inocente.

Y, como que la historia se repite, aunque a veces se equivoque de marco o de latitud, aún cabe

añadir que aquella Tossa, más apacible pero no menos inquieta que la actual, también fue la precursora de esta sucursal de Saint-Germain-des-Près que es la Ibiza contemporánea, siempre repleta de pintores de vanguardia y de otros barbudos que no lo son, pero que se hacen llamar intelectuales. De ahí que sea injusto, como señala en CANIGO, Julián Peiró, decir que *"antes del turismo, era éste (Tossa), un simple pueblo de pescadores cuya suerte dependía del mar. Como tantas otras poblaciones de la Costa Brava, tuvo (Tossa), durante bastantes años —años que cabalgan sobre uno y otro siglo— una muy floreciente industria del corcho; industria que después perdió en importancia, como la perdieron por las talas continuas, los frondosos bosques de alcornoques de La Selva"*.

Aquellos tiempos, sin embargo, como todo en este mundo —y casi con estas mismas palabras así lo cuenta a quien quiera leerlo un hermoso reloj de sol de nuestra Costa Brava— pasaron, tuvieron que pasar, para dejar sitio a las modernas "olas". Hoy tenemos una Tossa con las murallas iluminadas, una Tossa moderna en donde la noche se hace corta bailando a la última moda y hasta la misma madrugada, hasta que canta el clásico e inevitable gallo de los noctámbulos. Una Tossa que, a pesar de todo, conserva en el espíritu de sus gentes un no sé qué de bella época. Y no lo digo porque considere a los "tossencs" como unos "demodés", sino por todo lo contrario; por su recia tradición interior, que hace de ellos —de los nativos— unos hombres doblemente llenos de historia. Por un lado, su ancestral espíritu mediterráneo, que puede advertirse

incluso en su perfil marinero y de reminiscencias helénicas; y por otro lado, su acumulación de historia moderna (desde el "modern styl" hasta el sirtaki) a través de las primeras y de las últimas oleadas turísticas. Los "tossencs" llevan en su espíritu, perfecto molde mediterráneo, el sello de los años veinte (los ya entrados en años) y la impronta juvenil de nuestra época, los de las últimas generaciones. Todo ello se advierte en la Tossa 1966: una mezcla de las virtudes y aportaciones que podríamos llamar raciales con las aportaciones internacionales del mundo del turismo.

Nada se ha perdido con ello, pues en un día festivo de verano Tossa nos muestra su verdadera y perenne faz: la Mar Menuda continúa abarrotada de barceloneses (en los años veinte eran menos, pero ya venían) y, entretanto, toda la población se viste con sus mejores prendas para celebrar el ocio hasta que cante el gallo. Lo antiguo y lo moderno se dan el gran abrazo en la Tossa de nuestros días. Y esto es lo importante, porque es lo nuestro, porque demuestra que el tiempo en este aspecto —y con perdón de Hafiz— no pasa tan deprisa como parece. Queda algo importante siempre: el alma de la tierra. Por eso he querido rememorar como de paso los felices años de la bella época, porque fue entonces cuando Tossa, a merced de un puñado de artista barceloneses y de otro puñado de turistas anticipados, inició su "boom".

Un "boom" que ha dado este maravilloso cóctel; lo internacional se ha enamorado de Tossa y Tossa se ha prendado del variado encanto del mundo de allende todas las fronteras.

MARIO LLEGET



“HABLO CONTIGO, ESPAÑA”

UN PRIMOROSO LIBRO DE EXALTACION HISPANICA



Conforme comentábamos en el número 2 de *TURISSA* —julio de 1965—, en ocasión del reportaje biográfico titulado “Lope Mateo, peregrino del buen decir”, este sobresaliente escritor fue premiado por su espléndido trabajo “Hablo contigo, España”, en las Justas Poéticas de la Paz, magno certamen celebrado en la capital del Reino el 17 de diciembre de 1964; poema de insuperables gracias y encantos que ha merecido los honores de ser publicado por “Editora Nacional” que dirige don Jesús Unciti Urniza; alto organismo dependiente del Ministerio de Información y Turismo.

Esta bellísima obra que ostenta el citado enunciado “Hablo contigo, España”, recientemente se terminó de imprimir en los talleres de Imnasa y pertenece a la “Colección poesía”, estando compuesta por 232 páginas divididas en cinco capítulos, en el primero de los cuales “Piedra y viento” el autor describe el místico paisaje de Silos, las tierras de Avila y una hermosa estampa salmantina —su ciudad natal—, aparte de otros lugares de los antiguos reinos de Castilla y de León; amén de otros diversos parajes del Principado de Cataluña y muchísimos otros esparcidos por el resto del territorio de soberanía nacional.

En dicha antología poética Lope Mateo —tossense de Madrid—, dedica a esa villa unos encantadores versos, bajo el epígrafe “Sol y luna en Tossa”:

I

DIME POR QUE TU LUZ...

Tursia, Tossa de Mar, dormida rosa
tras la retama de tu cabo; espejo
de un ensueño asombrado en el reflejo
del mar que entre sus brazos te desposa.

Dime por qué tu luz el cielo acosa
con tanto dardo para el gran festejo
de tu playa dorada y su cortejo
de voces mil sobre la arena ociosa.

Dime por qué tu luz, oh mediodía
de rito humano entre lascivo y puro,
canta desde tus torres a las lomas...

Y en el múltiple ardor de tu bahía,
como un divino, festival conjuro,
van limpiando los aires tus palomas.

II

NOCHE DE MAR Y AMOR...

Oh perfume invisible, noche bruna,
harmonía estelar del hondo cielo,
música saltarina sin desvelo
que en cualquiera rincón meces tu cuna.

Noche de mar y de amor bajo la luna,
mágico faro que derrite el hielo
de políglota voz lanzada al vuelo
de vaso y beso en singular fortuna.

No te apresures a pasar, oh noche:
purifica tus sienes en la brisa;
mira con qué ilusión te dan su bando

torres y estrellas en triunfal derroche...
Tossa te arrulla con su bruja risa
y el mar, dormido en tí, te está soñando.

El segundo capítulo “Alma y vida” es de una esbeltez literaria que subyuga dulcemente el ánimo del lector, interés que es acrecentado en el siguiente denominado “Tiempo con figuras”, de depurada calidad biográfica. El cuarto “Nuestra Señora y la campana” constituye el más fiel exponente de un gran fervor mariano; descollando, entre inefables composiciones, unas delicadas estrofas que están consagradas a Nuestra Señora de Montserrat, para tener colofón este libro singular en el quinto y postrer capítulo que lleva por nombre “Los trofeos”, que, con “Mensajes” completa un ciclo de poesía cultivada en un castellano purísimo y señorial, riquísimo glosario de elegante rima, que encierra una entrañable dilección hacia todas las tierras hispanas, feliz corolario de un gran afecto, inspirado en el más hondo sentir patriótico.

JOAQUIN CIURO

Un domingo soleado de invierno, encontrándome en Tossa, esa bella población de la Costa Brava a donde había ido con varios amigos para gozar de un día de asueto y recrearnos ante la hermosura de su espléndida playa, pasear por sus asfaltadas y relucientes calles de blancas casas, admirar sus preciosos establecimientos comerciales de refinado gusto y visitar la "Vila Vella" con sus bien conservadas ruinas de lo que fue antigua fortaleza llena de históricos recuerdos, he aquí que al cruzar la plaza principal del pueblo experimentamos la sorpresa de ver una abigarrada multitud contemplando con interés y fruición cómo la juventud bailaba con entusiasmo y alegría nuestra danza popular, la típica sardana cuyos sonos emitía una cobla allí colocada. Satisface a los naturales del país oír el encanto musical de las notas de la sardana y al propio tiempo ver cómo los danzantes trenzan y destrenzan los compases de ese baile tan genuinamente catalán con gracia y alegría, hasta conseguir su término feliz, en perfecta conjunción entre música y danza, finalizando con entera exactitud ambas cosas. Allí está el mérito de ese baile, el completo ajuste entre los compases de la cobla y los bailarines. No importan las diversas filigranas y combinaciones de los que la interpretan. Lo esencial es que los compases se marquen y se llegue al final terminando a la vez música y baile. Pero si bien a nosotros nos entusiasman las sardanas, lo curioso es observar con cuánta atención, curiosidad y admiración contemplan los numerosos extranjeros que allí acuden para ver bailar nuestra danza tradicional que aplauden con entusiasmo. Algunos, llevados por la alegre emoción del momento y por el ambiente propicio a la natural expansión de los propios sentimientos, se unen a los danzantes que amablemente los aceptan y ya en el círculo, intentan seguir con ellos, bailando como Dios les da a entender y con buena voluntad, gozando de ser intérpretes de ese para ellos nuevo baile que como "magnífica anella" invita a todos a entrar en su interior como símbolo de verdadera hermandad.

Nuestra sardana ya no es patrimonio en la actualidad de una comarca determinada. Se ha hecho tan popular que se baila en toda la región catalana y su música ha traspasado las fronteras, siendo interpretada por orquestas extranjeras como pieza de concierto y bailada en el mediodía de Francia con el mismo entusiasmo que en Cataluña. Precisamente, del otro lado del Pirineo nos vino la renovación de la antigua sardana "curta" para convertirse en la "sardana llarga", tal como se baila ahora. El antecedente más próximo de la sardana fue "el contrapás" que se bailaba en el Ampurdán y algunas otras comarcas cercanas a Francia. Del primitivo "contrapás llarg" derivó el "contrapás curt" que se extendió por las dos vertientes pirenaicas y al mismo tiempo se bailaba la "sardana curta" en el Rosellón, en el Ampurdán y en la Garrotxa, existiendo una verdadera hermandad y convivencia entre las comarcas de ambos lados de los Pirineos respecto a esos bailes



POPULARIDAD

II

antiguos cuyo conocimiento data de principios del siglo pasado y que constituye la base del florecimiento de la sardana. Su transformación tendría lugar a mediados de dicho siglo gracias al famoso Pep Ventura que convertiría la "sardana curta" en la "sardana llarga" ampliándola en su instrumentación y enriqueciéndola en sus ritmos y melodías musicales.

Había nacido Pep Ventura circunstancialmente en Alcalá la Real (Jaén) en 1817 viviendo siempre en Figueras y en esta ciudad murió en 1875. Músico de oficio, formaba parte de las orquestas que recorrían los pueblos los días de fiestas mayores siendo muy estimado por lo bien que tocaba la flauta, el clarinete, el caramillo y porque interpretando el sentir del pueblo les daba gusto con sus improvisados "obligados" de los valeses, mazurcas, polkas y rigordones que le aplaudían frenéticamente. Enamorado de las sardanas y deseando reformarlas trajo de Perpignan en 1840 un nuevo instrumento mucho más perfecto y dúctil que los que a la sazón se usaban. Así es como implantó en la cobla la tenora que él tocaba maravillosamente y además transformó toda la instrumentación antigua. De los cuatro instrumentos de la rústica cobla que tocaban tres músicos: el "flabiol i tamboril"; la "tarota o tible" y la "cornamusa o sac de gemecs" (gaita); a excepción de los dos primeros los otros dos fueron eliminados y en su lugar apareció la nueva cobla con los once instrumentos de que consta ac-

tualmente, dos tibles, dos tenoras, dos cornetines, dos fiscornos, dos trombones, el contrabajo y el flabiol con el pequeño tamboril rítmico quedando así definitivamente estructurada la cobla actual. El cambio fue extraordinario y aceptado con entusiasmo por el público. La cobla quedó altamente reforzada con los instrumentos de metal que se adecuaban mejor al ambiente en que preferentemente se sitúa como es al aire libre. Pep Ventura, el ídolo de las fiestas mayores, había logrado con éxito la total renovación de la cobla y dado a la sardana un nuevo valor musical que le embellecía sobremanera y al mismo tiempo dejaba el camino abierto a nuevas evoluciones que otros compositores más adelante aprovecharían para enriquecer sus ritmos y melodías. Sus sardanas: "El cant dels ocells", "El Parda", "Per tu ploro" y "El toc d'oració" y tantas otras son un modelo de gracia y fresca inspiración. Otro contemporáneo de Pep Ventura y de su misma edad Miguel Pardas Roure, consumado bailarín popular de Verges, fue quien creó los pasos precisos para la rica y polifónica sardana llarga que sintetizó en un curioso "Métode per a aprendre a ballar sardanes llargues", el primero que se publicó y que apareció impreso en Figueras en el año 1850. Desde este momento la popularidad que alcanzó la sardana fue grande y se difundió rápidamente en dos direcciones: por la costa hacia la Selva, hasta los límites de la provincia de Barcelona, y otra, ha-



No solamente aumentó la difusión de la sardana por nuevas tierras sino que paralelamente a este movimiento se observa un moderno renacimiento musical realizado por nuevos compositores que diéronse cuenta que se podía ir mucho más allá en la evolución progresiva de sus elementos melódicos y armónicos con la nueva instrumentación de la cobla. Así lo vieron nuestros compositores y otros famosos del extranjero como Straus (Ricardo e Igor Strawinsky). Empieza la sardana a salirse de lo puramente popular alcanzando una evolución musical más elevada cuando el compositor de Peralada José Serra (1874-1939) sorprende al público con sus sardanas repletas de sentimiento popular, y al mismo tiempo depuradas de la rusticidad de las canciones de Pep Ventura. José Serra dejó escritas unas 250 sardanas. Dos compositores más, Morera y Garreta, plantan los jalones de un nuevo estilo y abren nuevos horizontes a un progresivo perfeccionamiento en la técnica de la composición sardanística. Morera (1865-1942) se hace célebre con sus famosas sardanas "L'Empordá", "La sardana de les monges", "Las fulles seques" y otras más que constituyen el más bello ejemplo de arte refinado

Cuando el pianista de fama mundial Harold Baner vino a Barcelona manifestó al llorado Juan Bautista Solericens lo mucho que le agradaba la sardana y que había pedido a Garreta un concierto sobre las directrices de dicha danza que pensaba estrenar pronto. El célebre compositor Max Von Schilling acompañado de Jaime Marill asistió a la audición de sardanas que se daban en diversos lugares de la ciudad y fue tanto lo que le gustó que se comprometió a darla a conocer a sus compatriotas al regresar a su país.

A Strawinsky le impresionó tanto la música de las sardanas que oyó cuando vino a Barcelona que encargó a sus acompañantes que le enviaran algunas sardanas para estudiarlas en París, prometiendo enviarles una que él compondría.

En algunas poblaciones alemanas incluso se sabe que existen academias donde se enseña a bailar sardanas. Esa afición a conocer y a bailar la sardana cada vez se ha generalizado más hasta adquirir el rango de danza universal, pues además de en nuestra región, se bailan sardanas en París, Toulouse, Perpignan, Ceret, Banyuls, Montpellier, y de un modo es-

D DE LA SARDANA

cia el interior, de Bañolas a Besalú, Olot, Ripoll y Vich.

Siguió progresando el movimiento difusorio de la sardana por tierras catalanas recibiendo un gran impulso en el año 1870, cuando el Ayuntamiento de Barcelona contrató a Pep Ventura para dar una serie de audiciones de sardanas en dicha ciudad, con motivo de las fiestas de la Merced. Desde entonces la sardana adquirió el rango de la danza de todas las tierras de Cataluña. No obstante, debe hacerse notar que ya en 1860 se habían dado audiciones de sardanas en algunos cafés-jardines que existían en el Paseo de Gracia, en donde probablemente actuaban los coros de Anselmo Clavé cantando las bellas sardanas de Pep Ventura y las canciones de su maestro. Y diez años atrás, en 1850, por primera vez la sardana fue aplaudida en el Teatro del Liceo de Barcelona cuando la cobla no era como la actual. La presentó Miguel Guix de Torroella de Montgrí quien formaba parte de una cobla de seis músicos. Fue siguiendo la sardana su marcha ascendente alcanzando su plenitud, cuando Tomás Bretón, el autor de "La Verbena de la Paloma", incluyó nuestra danza en la ópera "Garín" que obtuvo un gran éxito y fue calurosamente aplaudida por el público. Y no fue esta la única vez que la sardana fue ejecutada y bailada en el Teatro del Liceo. Otras veces más se ha ejecutado en el mismo esa clase de exhibiciones y siempre el éxito ha sido rotundo.

y popular, y Garreta (1875-1922) un verdadero caso extraordinario de excepción que convierte sus sardanas en pequeños poemas sinfónicos impregnados de cierta influencia germánica muy corriente en su época. Sus sardanas tienen un sello particular y único cuyo estilo no ha sido imitado y se distinguen por la nobleza y lirismo de sus ideas expresadas con una seguridad y elocuencia incomparables. Entre ellas podemos citar "Juny", "Pastoral", "A En Pau Casals", "Nydia", "Matinada" y otras más dotadas de gran belleza y depurada técnica musical que revelan la fuerza creadora de ese genial compositor ampurdanés. Morera sí que tuvo excelentes continuadores, como Pablo Casal, que dio a conocer la sardana a gran número de países del extranjero; su hermano Enrique Casals, Juan Manén, Antonio Catalá y Eduardo Toldrà.

En su aspecto coreográfico, la sardana actual ha sufrido un notable cambio que ha ido adaptándose al florecimiento de la técnica musical y que ha mejorado extraordinariamente, en perjuicio de sus primitivos cantos y de aquella espontaneidad con que se bailaba en el primer tercio de nuestro siglo. Ciertamente que ha mejorado en el aspecto artístico y espectacular, pero se ha perdido aquella ingenuidad y que tanto recordaba el carácter llano del pueblo. Sobre este particular se ha entablado diversas polémicas...

Y la sardana sigue su marcha triunfante en Cataluña y fuera de ella.

pecial, en el Rosellón, donde además se venden "souvenirs" con dibujos y pinturas alusivos a la sardana y postales de color en las cuales figuran jóvenes que llaman la atención por sus vestidos típicos bailando la sardana. En Austria, se baila en Linz, en Suiza en Lausanne, en Noruega en Oslo y en América se bailan sardanas en Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Asunción, Santiago, Sao Paulo, y en diversas poblaciones de América Central. Con ello podemos ver cómo esa danza nacida en el Ampurdán se ha popularizado de tal modo, que su radio de acción se extiende por todo el mundo, porque la sardana es el símbolo de la paz fraternal y al abrir sus danzantes los brazos invitan a todos a entrar en la magnífica rueda para gozar juntos de las delicias de la danza, de esa danza centenaria que proyecta equilibrio, seriedad y elegancia. La esbeltez y finura de sus movimientos que trazan los danzantes de blancas alpargatas y rojas barretinas ofrecen una estampa de bello colorido a la par que imprimen respeto y admiración por la seriedad no exenta de alegría con que la ejecutan al son de los compases musicales de la cobla. La sardana respira hidalguía, formalidad, alegría y majestuosidad. "La sardana — escribe Ferrater y Mora desde tierras americanas — es veritablement profunda porque es expressió de la mateixa arrel i entranys d'un poble".

JOSE M.ª PEIX PARERA

TOSSA

III

Es la hora de figonear en alguna taberna para contemplar una merienda.

Los seis ocupantes de una mesa dan cuenta de una cazuela de rape con patatas a la *se m'hi tomba*. ¡Qué lástima! el ajiaceite ha quedado un poco suelto. Para postre reservan dos kilos de lapas. Un porrón de tinto y otro de clarete constituyen la dotación de bebida.

—Pronto hará cuatro años de aquello. Hubo días en que llegamos a reunirnos cien luces a ocho millas de la costa. ¡Había peces a patadas! ¿Os acordáis? Acudían barcas de San Felíu, Palamós, Lloret, Pineda, Malgrat...

—¿Y la redada que hizo mi padre? ¡Aquello sí que era un banco de sardinas! Nos dieron

cinco mil pesetas... ¿Cuánto valdría ahora?

Comen pausadamente, como buenos tragaldabas que son. Los porrones no conocen un momento de respiro. Hay un pescador ya viejo que merienda aparte. Con el tenedor va pinchando las aceitunas verdes de la ensalada.

—¡Dilo, hombre! —le gritan. Alza del plato la cabeza y dice:

—Quizás diez mil duros...

Agarra entonces el porrón, y mientras se complace en el gorgoteo del chorrillo de vino en su lengua, se sonríe de medio lado y mira sosegadamente al grupo.

El cogollo de Tossa lo constituye la "Vila Vella", pues esta población, que evoca a Grecia y Roma, puede también ofrecernos un gran conjunto medieval.

Encerrada en el viejo caparazón de los lienzos de su muralla, la parte viva de esta «Vila Vella» se dirige —y torres y murallas la siguen y la envuelven— hacia el Cap d'Or, hasta la Torre de *En Joanás*. ¡Resulta delicioso meterse por la umbría de sus callejuelas en esta hora de silencio! Están los hombres fuera y las mujeres en sus faenas caseras. Nada más enfilar la calle en que nos encontramos al traspasar la puerta, cerca de la Torre de les Hores, volvemos a vivir el espíritu de lo pretérito. El antiguo empedrado, en mosaico de dibujo popular formado de redondos guijarros, se conserva intacto, y las casitas de los pescadores, con acera ornada de flores, se yerguen con tanta gracia en este ambiente de intimidad, que si la cabeza femenina que asoma por un postigo de la casa sostenida por pilares es digna de un Brueghel, las figuras que entrevemos por





puertas entornadas nos parece que ya las conocemos de los antiguos manuscritos iluminados.

Caminemos lentamente, como si nos hallásemos en una población encantada, olvidada del tiempo y casi de la misma Tossa moderna que tiene a su lado. Vayamos observando calmamente, en el interior de los zaguanes, ya una ánfora antigua, sacada del fondo del mar, de esas que están cubiertas por una espesa capa de caracolillos, como los rizos de la barba de Pericles, ya una profusión de nasas y gambines, que forman un liviano montón cabe la meditación profunda de un gato. El silencio se ha hecho un bloque. Sólo oímos el rumor de nuestro caminar. Y al lado de las casas vivas vemos, diseminados aquí y allí, retazos de muros que apenas sobreviven de las casas que se han venido a tierra.

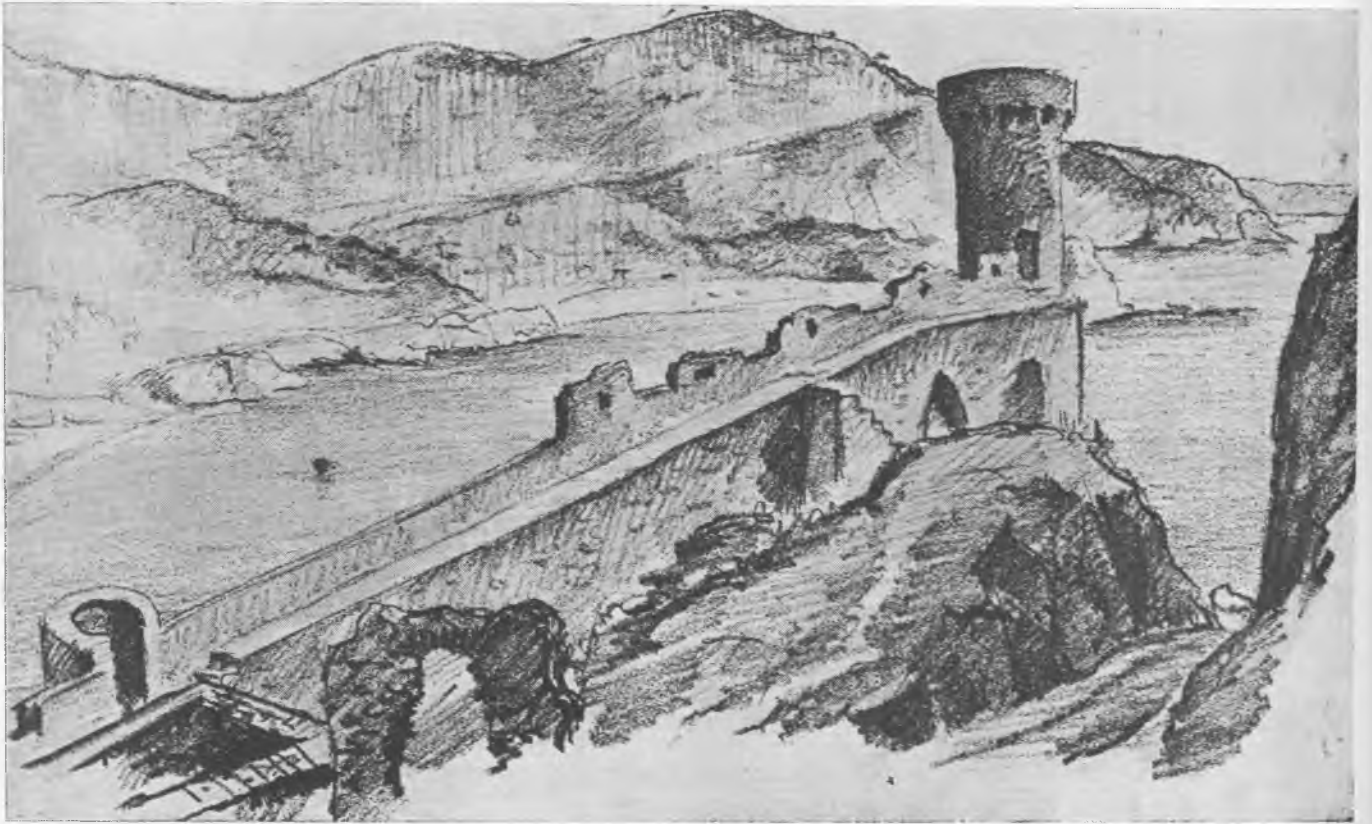
Llegamos a una plazuela que es un rellano de reposo, y aquí sí que hemos de detenernos. He-

mos irrumpido tan bruscamente, tan de improviso, que hemos sorprendido a un grupo de pinos que miraban el mar. Los verdes ojos de sus copas lo contemplan por encima de la muralla lejana, con tanta avidez, que mantienen tensa la dolorosa resistencia de los pinos inclinados. El corazón se orea en el espacio que se ensancha ante nosotros. A un lado, la muralla que cierra la Vila por este extremo tiene una herida abierta y por la brecha vemos, al fondo de un gran vacío, las barcas tendidas sobre las rocas azules del Codolar.

Tantos elementos en mezcla, tantas voces dispersas se funden, en el ámbito de esta plazuela recoleta, en una sola voz íntima, muy penetrante. El grupo desordenado de esos pinos, dentro del cuadro grandioso de murallas a mitad de la cuesta que nos abre el acceso al mar, compone una estampa de romántico hechizo que no podre-

mos olvidar. Es un lugar ideal para una cita. Y es providencial que justamente aquí, aprovechando la vieja casa del Gobernador, se haya instalado un museo donde se recogen obras de tantas tendencias, producidas por artistas de tan diversas naciones.

Además de los objetos hallados en la cocina, comedor y habitaciones del patricio romano Vitalis, con quien ya hemos trabado conocimiento, los cuales nos permiten examinar cómo vivía aquel inteligente sibarita que, en un mundo tan grande y mentecato, supo encontrar este rincón del Paraíso, el Museo contiene una colección de pinturas, la mayor parte de las cuales han escogido como tema la villa de Tossa. Muchas son de notables pintores catalanes y nos muestran la calidad de nuestra pintura y la visión que tenemos del país. Pero también las hay de famosos artistas extranjeros que han pasado al-



gún tiempo en la población, y éstas, aparte su mérito, ofrecen el interés de exponer, en visión panorámica, las transformaciones que habría de experimentar Tossa si a Dios se le hubiera ocurrido poner una en cada nación. Vemos a Tossa en ruso, en checo, en griego, en sueco, en alemán, en francés, en suizo, en... ¿qué sé yo?, tan varia y antagónica, que quedamos un tanto preocupados de que un paisaje tan concreto y claro pueda interpretarse de maneras tan diferentes.

Estimada ya por muchos artistas catalanes, las amistades que algunos de ellos tenían en el extranjero y los vaivenes de la política de toda una época convirtieron de repente a Tossa, como antes ocurriera con Colliure y Cassis, sus rivales mediterráneas en este aspecto, en objetivo de un buen número de artistas de todas las procedencias. Los pintores André Masson, Marc Chagall, Jean Metzinger, Georges Kars, Oswald Petersen, Iain Macnab, el poeta Jules Supervieille, el pensador Paul Ludwig Landsberg, los escritores Henry de Monfreid y Henry Michaux, los críticos Florent Fels y Georges Charensol, y muchos más, pintaron, esculpieron o grabaron a Tossa, o

meditaron o compusieron sobre ella, en un ambiente de sol, de mar y de libertad. Tiempos fabulosos del autocar Berlín-Tossa, del Hotel Speyer, del *dancing* del Bon Retir, de la biblioteca pública de la baronesa von Bucovich. Cuando, después de inacabables discusiones sobre arte, personalidades de todo el mundo esperaban en la playa, en torno a una hoguera, la arribada de las barcas para sacar de ellas puñados de sardinas vivas y comérselas calientes, con las manos. Cuando *En Biel*, del café, ante gustos tan disímiles y horarios tan diversos, esperaba que todo el mundo hubiera llegado y entonces, en lugar de tomar nota de innumerables bebidas, decía:

—*Bueno: traeré café para todos y de una vez, y así acabaremos antes.*

Al salir del museo, sentimos de nuevo la estimulante armonía de la vieja plazuela, y desde ella ascendemos hacia el mar por la arcaica callejuela que siente sobre sí el gravitar de tantos siglos. Caminamos entre casitas de una gran simplicidad, donde habitan, desde incontables generaciones, familias de pescadores, gentes sencillas y aseadas, acostumbradas a ver por encima de la muralla la

conmovera palidez del mar cuando lo mira la primera claridad del alba, y la fastuosa despedida del sol, que todas las tardes le tiñe de una púrpura de rubores.

En llegando arriba, todo constituye un gran mirador. La brisa riza el mar desde la playa al horizonte, y parece como si se lo llevase lentamente hacia Francia. Sólo la Illa aguanta el embate y está rodeada de espuma que se eleva en blancos copos, como un vuelo de palomas azoradas. A la derecha, al fondo de un acantilado, el quieto remanso del agua nos mira con ojos de esmeralda. Y sobre nosotros, el viento empuja hacia atrás a una gaviota de alas extendidas como una cruz blanca, y cuando amaina la presión, vemos cómo el ave, haciendo virajes y con potentes aletazos, trata en vano de seguir adelante. A la izquierda y abajo, se extienden las playas, hasta las rocas de Mar Menuda, con las barcas, redes extendidas y cordajes ante la hilera de blancas casas, coronada alguna que otra por el surtidor de verdes desmayos de una palmera. Y allá al fondo, las suaves curvas de las boscosas colinas.

JOAN ALAVEDRA
ILUSTRACIONES DE JAUME PLA

ULTIMA CARTA DE TOSSA



En su diccionario catalán, Pedro Labernia, 1802-1860, adscribe a la vernácula tossa los significados siguientes:

Volum, corpulencia, bogit = bulto, volúmen, mole.

De tossal:

Lo promontori, o lloma de terra en terreno pla = otero, colina, altozano, loma, morón.

De tossalet:

Altilló, cerrillo, montecillo.

Tursia, Turissa, Torsa, pues —nombres fenicio, romano, medieval—, vendrían a coincidir en el significado de lo que es la villa vieja, la amurallada: una giba sobre el mar, un promontorio. La palabra castellana TESO da idea semejante. ¿Pura casualidad? Lo cierto es que de aquellas tres formas se denominó históricamente el cabo. Que, en cambio, para nada emparenta con “los tuscos” los etruscos, como pretendía el P. Roig i Jalpi.

Enrique Claudio Girbal, en su “Tossa. Noticias sobre la Historia, tradiciones y costumbres de esta villa y su término” (Gerona 1884), libro más que raro, que tengo la fortuna de poseer, expresa las dudas sobre si el Cabo de Tossa se corresponderá o no con alguno de los dos promontorios, Celebándico y Kunario, que citarán los antiguos geógrafos, a partir de Festo Avieno. Todo ello no importa apenas.

Lo que sí importa es que, desde tiempo inmemorial, Tossa perteneció al obispado y condado gerundense, y que en la segunda mitad del siglo X pasa, con su alodio, a heredad del monasterio de Ripoll, por donación de Miró, conde de Barcelona, cumplida por sus albaceas testamentarios. Puesto que entonces, en el 966, ya revertía al Comtat Gran. Y pasa en todo: “...En las casas y casales, en las aldeas, cortijos, huertas, prados, pastos, selvas, árboles, molinos, agua o ventas, montes, collados cultos o incultos, y las hierbas, así como las iglesias que allí se hallaban fundadas, con sus diezmos y primicias...”, etc.

La Tossa medieval, que no rebasaba el espumeo en olas del Mont Guardi —la Vila Vella—, en torno a su castillo, sólo flameó, pues, autoridades delegadas. Así fuera plaza fuerte, fuerte y minúscula, para defender el puertecillo del Codolar al Sur, y las dos bahías del Norte, a la más suelta de las cuales parece que arriba Sant Raimond de Penyafort. Aunque lo equivoque Pedro Espinosa, en versos menos transparentes que la tal Mar Menuda:

Arrojan los delfines
por las narices blanca espuma, en arco
sobre el profundo charco...

¿Cabe suponer que los cubos de la muralla fuesen mucho más de lo que venían siendo?

Pues... quizá no, y quizá sí.

Lo probable es que fuesen un poco más, y que, indiscutiblemente, se proyectaron para ser casi lo que en estas fechas. Digo casi porque la relación (falla rara vez en la arquitectura antigua), entre altura y diámetro de base, en cada torreón, reconoce la medida actual como EXAGERADA. Lo probable, también, es que por falta de medios, por la intermitencia —casi desaparición—, de los aludes corsarios sobre esta zona mediterránea tan occidental, a partir de las home fleets que arman algunas ciudades con buen comercio de import-export, y sobre todo de las galeras de aquel barcelonés honorario que fue Carlos I, el de las Reales Atarazanas, los cubos tossenses no se llegasen a coronar.

Y surge la pregunta: ¿es lícito terminarlos ahora?

En buena lógica, no. Toda muralla obedece a un funcionalismo; por lo que termina de “vivir” cuando termina la función. Desde el punto de vista estético, urbanístico arqueológicamente, acaso, sí.

ACASO SI... y que no se alarmen mis convecinos veraniegos.

Quiero decir que, para su tranquilidad y la mía, convendría que los organismos peculiares nos informaran a todos de hasta dónde piensan llegar. Tossa no come hoy del turismo, sino del turismo: una sílaba menos, y algún dólar más. Si se prestan a un pastiche gracioso, catalizador de nuevas divisas, pues... sintiéndolo más o menos los que ni las vamos a ver, ¡conformes! Otro barrio viejo de Cáceres, otro Nüremberg, otro Villeneuve-lès-Avignon. Ahora: eso obliga a mucho. Porque las murallas, así se las restaure y embellezca, no dejarán de ser lo que son: murallas. Es decir, fortificación, algo que encierra y que defiende lo que encierra. Y si lo que encierra no merece ser defendido, ya me dirá el más sabio qué el “sobrevivir” de murallas.

En palabras claritas —y para terminar—: ¿matacanes en las torres? ¿Por qué no, SI NO SE EXAGERAN? ¿Por qué no, si es que los organismos se interesan en derribar el faro, que es un pegote, para restituir el alcázar, molino después, que presidía el conjunto; y en volar las viviendas revocadas de cemento —como garajes—, o con VEINTITRES VENTANAS, en lugar de una o dos, como las que dentro de la Vila quedan tan aparentes? Si a lo que se prepara es a esto, ¡bien venidos, los altos torreones!

En cambio, si lo que tales cubos van a seguir cubriendo es la lenidad, el compadrazgo, la profanación y la cursilería ¡abajo las murallas! ¡Qué todo quede a la luz: de foco, de antorcha o de simple vela! Y que cada palo aguante esa vela. O que cada vela aguante éstos, u otros palos. Y los que seguirán...

FELIX ROS

- **“He ganado tres premios en los Concursos de Pintura Rápida de Tossa”.**
- **“Lo ideal sería un concurso dando tiempo al artista para expresar su verdadero sentir”.**
- **“Actualmente expongo en Africa y Salzburgo”.**

EL
PERSONAJE
DEL
MES:

EMILIA XARGAY



Si el horóscopo de una artista tuviera que hacerse por los signos exteriores manifestados a través de su obra, en Emilia Xargay, resultaría fácil. Y a la vez contundente. Cuando deja los pinceles para dedicarse a la escultura, surge siempre, o casi siempre, un toro o un pez. “Taurus” y “Piscis”. Dos contrastes. El toro: la fuerza con todos las atribuciones que confiere la misma, en este caso valor y nobleza. El pez: fue representación de la primavera, lo etéreo, algo que “vuela” entre las aguas aportando suavidad y belleza.

Y al unir estos conceptos de las obras preferidas por Emilia Xargay, descubriríamos todo ese abigarrado interior de la artista, ductil como el pez en unos momentos, sobria, segura siempre, como el toro. Vaporosidad del pez, sin punto fijo de apoyo. Seguridad en el paso del toro. Seguridad que le han conducido por un camino ascendente, con premios internacionales y aportaciones en varios museos.

A Emilia Xargay no hemos ido a hablarle de Tossa. Porque ella, sigue enamorada de este trozo privilegiado de la Costa Brava, y en la propia playa de Tossa, surge el tema:

—La primera vez que estuve en Tossa constituye uno de mis gratos recuerdos. Fue con el pintor Orihuel, hoy en Sudamérica. Vinimos en una excursión organizada por el “Círculo Artístico” de Gerona, y por lo tanto, con visita a su parte monumental. Me impresionó de verdad. Tomamos unos apuntes.

—¿Luego?

—Particularmente continué viniendo aquí. Hasta que con ocasión del “III Concurso de Pintura Rápida” me inscribí. Me dieron el primer premio en dibujo.

—¿Continuastes?

—Sí. Otros dos años. El segundo obtuve el primer premio en

“otras técnicas” y el tercero, el segundo en dibujo.

—¿Tossa ahora?

—Conserva en su plenitud el atractivo pictórico pese a que ha perdido aquel encanto de pequeña villa marinera que tenía antaño para convertirse en una Babel. Pero el progreso no perdona. No obstante, Tossa ha sabido guardar su espíritu. Actualmente, para el artista, quizás tenga mayores atractivos en invierno. En septiembre y octubre tiene unos encantos que ahora no pueden captarse, porque en realidad están absorbidos en plena canícula.

—¿Punto de vista turístico?

—La geografía y la naturaleza es la mejor aliada de Tossa. Una geografía que puede parecer la ahoga, pero que en realidad la conserva.

—¿Parte monumental?

—Su plenitud se logrará cuando el tiempo de a las recientes restauraciones, la matización precisa, que tenía antes.

—¿Algo sobre el Concurso de Pintura Rápida?

—Indudablemente le da una nota de colorido, de simpatía diría yo. Tiene múltiples atractivos, y buena prueba de ello es que muchas otras poblaciones lo han copiado, lo que quiere decir que la idea, al menos exteriormente, es buena.

—¿Y analizada?

—Se corre el peligro de quedarse con múltiples obras de gran espontaneidad pero sin ser definitivas.

—¿Para superarlo?

—Lo ideal, y más ahora que Tossa ya cuenta con un magnífico museo, sería orientar el Concurso, o un Concurso, en el cual la temática podría versar sobre Tossa, pero dando tiempo al artista para expresar, plenamente, incluso calculadamente diríamos, su verdadero sentir sobre la población o sus simbolismos.

—¿Con ello?

—Acudirían artistas con más

posibilidades, como más posibilidades tendrían algunos de los que acuden ahora, pero ello permitiría una auténtica selección de obras, interesante y dignas de figurar en un museo.

—¿Actualmente?

—Invitada por el Ministerio de Información y Turismo tengo siete óleos en una exposición que organiza la misma, y que a últimos de mes presentará en Africa. Asimismo tengo dos esculturas en la “V Bienal de Salzburgo” inaugurada hace escasos días.

—¿Pintura o escultura?

—La primera materias planas, la segunda volumen. Aunque en algún momento en la pintura se note la influencia de la escultura. Hay días y hay temas. A veces quieres plasmarlo en escultura y otras en pintura. Es como si desearas o precisaras cambiar de lenguaje.

—¿El esmalte?

—Es una sinfonía de colores. Pintura vitrificada. Obliga a pensar más en su final definitivo, ya que no ofrece, como la pintura el resultado inmediato.

—¿Dibujo?

—Es la condensación. Un pintor si sabe dibujar es doblemente pintor. El dibujo puede llegar a tener un valor artístico como cualquier otra faceta.

El sol quema nuestra piel ante la mirada impasible de “Vila Vella”, allá arriba, esperando que el oro del astro rey se convierta en plata con los reflejos de la luna. Finalizó la conversación artística.

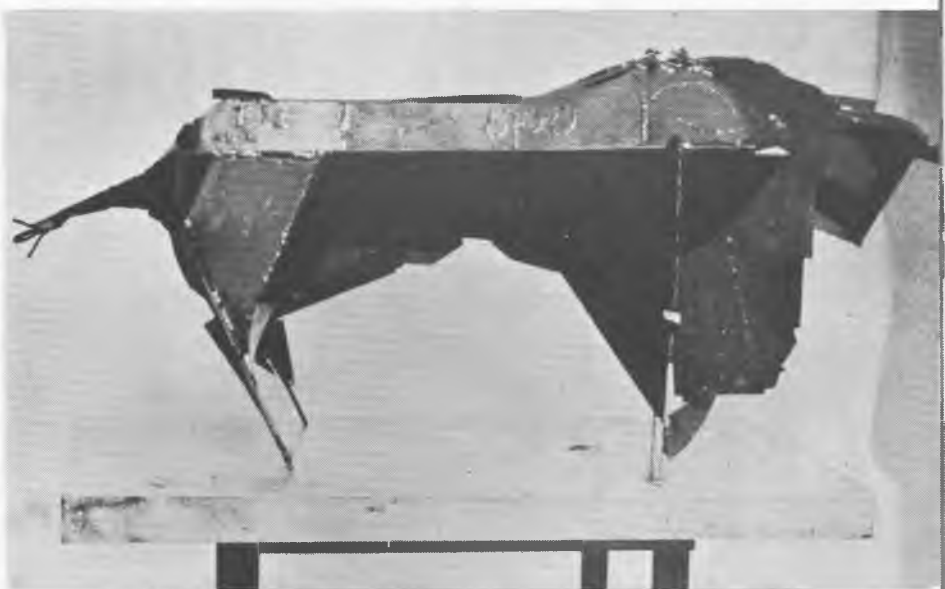
—Pero es que Tossa de Mar, nos dice Emilia Xargay, a sus múltiples atractivos como temario para el artista, reúne el que su mar, un mar más azul, espera siempre al ser humano, para que sus aguas, convertidas en bálsamo, ofrezcan el placer del baño...

De la ardiente arena de “Taurus” pasamos a las aguas. Dominó nuevamente “Piscis”...

MIGUEL GIL BONANCIA



Segundo Premio. Dibujo. Año 1964.



Toro en hierro.



Escultura en hierro. (Pez).

TOSSA, antiguo Palacio que Posidón (Neptuno) regalara a la ninfa Toosa

(LEYENDA BASADA EN LA MITOLOGIA GRIEGA)

UNA ANGUSTIOSA SUPLICA...

Zeus, el «padre de todos los dioses y de todos los hombres», quiso proteger a Posidón (Neptuno). En realidad, su hermano. Porque ambos eran hijos de Crono y Rea. Y, una vez más, acudió a Metis (la Sabiduría), hija de Océano:

—¡Oh, mi querida y admirada Metis! —díjole— Tú un día me hiciste un favor inmenso. Con tu ayuda valiosa, el hilo de mi existencia no se rompió. Crono, mi padre, de no haber sido por ti, me hubiera engullido vivo, al nacer. Sé cómo le odias. Y tampoco ignoras cómo le odio yo. Te suplico me aconsejes. Me ilumines. Quiero aniquilar para siempre a ese malvado. Pero antes quisiera salvar la vida de un hermano mío, que Rea acaba de alumbrar...

Metis no desoyó el angustioso «S.O.S.», que Zeus le lanzaba. Y, muy complacida, dictóle sabios consejos:

—Aquí tienes ese brebaje. Yo misma lo he preparado. Procura que Crono lo beba. ¡Hasta la última gota...!

UN RENACIMIENTO...

Rea fue la encargada de hacer llegar a los labios de su salvaje marido la desagradable bebida. Para que se la tragara sin rechistar, nadie sabe qué fábula le contaría, ni qué argucias emplearía. Crono, apenas hubo tomado el último sorbo, sintió un vahído. Un extraño mareo. Perdió el mundo de vista... y durmióse plácidamente. Y, entonces, ocurrió lo previsto por Metis. Posidón, que segundos después de haber salido del seno de su madre había sido devorado por Crono, volvió a la vida. Abandonó sano y salvo, el estómago de su insensato progenitor...

Dijo, luego, la Sabiduría a Rea:

—Crono despertará. No puedo hacer que duerma el eterno sueño. Pero entrégame tu hijo y no te preocupes. Mi hermana Cafira cuidará de él. Y lejos, muy lejos de aquí. En una tierra ubérrima y hermosa; en los dominios de Eolo, donde el dios de los vientos hace soplar la tramontana... A orillas de un mar bellísimo y lleno de ensueño; morada de encantadoras sirenas, al que un día denominarán Mediterráneo, en recuerdo de las aventuras que en él vivirá Medea, la hechicera.

Rea preguntó, entonces, el nombre de aquella tierra que Metis calificaba de hermosa. Era el único favor que, en calidad de madre, pedía a la protectora de su hijo; a quien iba a arrebatarlo de su lado.

—Carece de todo nombre —repuso Metis— Pero lo tendrá. Los griegos la bautizarán llamándola Rodas. Porque les hará evocar la magnificencia de la isla de Rodas. Mas, posteriormente, la Humanidad la conocerá por Rosas...

UN NUEVO CONSEJO DE METIS...

Dios del mar y de los ríos, Posidón entregóse al juego del amor y del placer de una manera desenfadada. Loca e insensata. En sus redes amorosas, apresaba a las más bellas deidades. A veces, incluso, atrevíase a usurpar las propias aman-



tes de Zeus. Lo cual le proporcionaba serios disgustos. Porque, cuando el «Señor del Olimpo» desataba su ira, la tierra temblaba de espanto...

Posidón echó mano de las mil y una artimañas, a fin de lograr siempre sus propósitos. La divinidad Deméter, para escapar a las asechanzas del dios, tomó la forma de una yegua. Mas Posidón, a su vez, metamorfoseóse en caballo. Y Deméter, al final, engañada, cayó en la trampa...

Y lo mismo sucedió con la hija de Fórcine, el anciano que gobernaba las olas. Habiéndose enamorado de ella Posidón, quiso seducirla a base de muchos mimos y halagos. Pero la ninfa Toosa, que así se llamaba, resistíase.

Desesperado, el dios acudió a Metis.

—Debes ser más «galante» con ella —aconsejóle la Sabiduría— Toosa sabe que la amas. Sin embargo, la ninfa quiere una prueba concluyente...

—¿Y qué clase de «prueba concluyente» puedo yo brindarle?

Metis musitó unas palabras al oído de Posidón. Este sonrió satisfecho, mientras asentía con la cabeza...

UN REGALO Y UNA PROFECIA...

—Acéptame, mi adorada ninfa Toosa —gimió suplicante Posidón— Y yo, a cambio, te ofreceré un maravilloso y espléndido regalo. Será la prueba de mi amor verdadero hacia ti...

—Muéstrame antes —exigió ella—.

Posidón no se hizo rogar. Cogió a Toosa de la mano... y, en una décima de segundo, la condujo a un lugar paradisíaco...

—Este es mi regalo —dijo el dios del mar, señalando con el dedo índice de su mano derecha un suntuoso palacio, inmensamente lindo y majestuoso, que se alzaba sobre las rocas de una hermosa bahía del Mediterráneo.

(termina final pág. 18)



Descubrimiento de Tossa

De Lloret a Tossa hay pocos kilómetros; en línea recta, sólo trece. Hay que considerar, sin embargo, en la carretera, más de ciento cincuenta virajes. Un promedio de diez virajes por kilómetro queda muy corto. Ya resulta visible dando una simple ojeada: a pesar de las correcciones hechas muy recientemente, un cambio brusco de dirección a cada paso. La suma no puede fallar: más de ciento cincuenta virajes necesarios.

Toda la zona, pues, es montañosa, con muchas colinas. En un momento dado, sin embargo, se produce un llano, único: el de Tossa. Valía la pena que los hombres se establecieran allí. Lo hicieron, sin embargo, tocando a otro montículo: el del Cabo y, a la vez, en el declive de una altura. El núcleo viejo del pueblo, pues, no se sintió inclinado a aprovecharse bien de la llanura, a centrarse en ella. Prefirió un rincón, un cobijo contra el mal tiempo. No importó que el Cabo no evitara la furia de los temporales de levante. Los habitantes primitivos de Tossa querían recibir directamente, todas las mañanas, al levantarse, los primeros rayos del sol. Si había mar de levante, las barcas, al llegar, se instalarían al sur del Cabo, en el Codolar. Nadie se sentía empujado hacia el centro de la llanura. Todos deseaban protección.

Hubo quien, siglos antes, lo hizo aún más fuerte: a instalarse sobre la peña del Cabo se ha dicho. Lo solucionaron bien: unas murallas, unas torres de defensa. Desde el Cabo, muy alzado, todo él de roca, inaccesible por mar, podía ser contemplada una gran extensión de agua y así descubrir con anticipación la presencia de enemigos. Las primeras casas del pueblo, pues, venían a ser las migajas del manojito; migajas que, con el tiempo, irían constituyendo un buen montón y que ter-

minarían adquiriendo más volumen que el núcleo medieval y amurallado.

También los romanos, aún mucho antes, habían huido del Cabo. Los restos de una villa de sus tiempos no fueron hallados en el Cabo sino a la parte alta del pueblo, tocando a la protección montañosa existente a su espalda. Tossa, así, de acuerdo con los ejemplos antiguos, creció al lado de la playa. La preferencia resultaba justificada de sobras. El pueblo era marinero y necesitaba tener las barcas al alcance de la mano.

Tossa resultó, en nuestro país, uno de los lugares precursores del turismo internacional. En Tossa, como en todas partes, el turismo se presentó al principio en escala reducida: cuatro pintores, cuatro escritores, unos cuantos veraneantes más de profesión indeterminada. Pero después vino el turismo al por mayor. El pueblo, por sí mismo, no daba alcance. La expansión, sin embargo, resultaba fácil: había todo el llano apto para la edificación. Tossa, pues, aparte de hacerlo, en pequeña proporción, arriba de la montaña, ha crecido por el llano; aquí, en importancia muy considerable. Ciertamente hay hoteles tocando a la playa, aparte de los cafés numerosísimos y tiendas de todas clases. Los hoteles, sin embargo, y los bloques de apartamentos, están tierra adentro, sobre un espacio muy vasto.

El interior de las murallas también está habitado: gente, generalmente, establecida allí durante el año entero, preferentemente de familia de pescadores. El recinto, sin embargo, aparece bastante vacío. Es lugar preferentemente decorativo, de aliciente turístico, y no ha existido ningún interés para llenarlo de casas de habitación.

Tossa, pues, al borde del agua. Pero no toda la

bahía ha podido ser edificada. Casi al centro de la cuenca, después del arroyo, la costa resulta rocosa, a pesar de que sea baja. Sólo arriba, entre los pinos, han podido ser levantadas algunas casas. Detrás de la pared rocosa pasa la carretera o paseo que lleva a la playa de La Bauma.

La Bauma, a levante de la bahía, resulta como una réplica al trozo de playa existente bajo las murallas. Ya lo dice el nombre: un momento de calma en medio de la tempestad. Si Tossa, pues, recibe de cara el mar de levante, La Bauma está bien protegida de él. Hecha la curva, la playa tiene, a su espalda, una pared rocosa, desigual, pero de buena altura. Ni el viento de levante, pues, o del norte, no bate sobre el agua. La Bauma constituye un buen refugio contra los vientos peores: los del cuarto y del primer cuadrante.

La playa y sus inmediaciones también han sido aprovechadas para la edificación: cafés, un gran hotel, edificios para apartamentos. Entre otros factores, el nombre del hotel ha producido una confusión: la de aplicar a La Bauma el nombre de Mar Menuda. Mar Menuda, a pesar de su nombre exquisito, no es nada: una especie de lavadero, con cabida para una barca y poco más, el rompeolas de una docena de pasos, el cuello muy estrecho, difícil de pasar y situado en dirección a levante, al extremo más oriental de La Bauma. Es necesario, así, insistir en la impropiedad, a pesar de que el nombre de Mar Menuda, por su lindeza, merezca todas las preferencias.

Mar Menuda, con pared de roca a cada lado, presenta más sucesión rocosa mar adentro, cuya sucesión termina, después de una cuantas rocas emergentes, con la Isla, la Isla por antonomasia. Entre la Isla y la punta hay paso. Conviene vigilar, con todo, la presencia de otra roca a flor de agua, exactamente a la mitad de la distancia. Es una roca engañadora, poco visible y peligrosa.

Desde el centro de la bahía, la Isla aparece casi al frente. Ella y, al otro lado, el Cabo, cierran bien toda la playa, la cual dibuja un arco muy profundo terminado a ambos extremos con roca. El arco no es estrecho sino que presenta una gran exten-

sión de arena. Eso no quiere decir que el mar no entre a menudo muy adentro. La playa, sin embargo, es cóncava, y su forma, aumentada a veces con aportaciones de tierra, constituye una buena defensa para las primeras edificaciones después del pequeño paso.

La forma panzuda de la playa tiene una buena motivación. De tierra adentro viene, a levante de la bahía, el arroyo. El camino de agua dulce, con todo, no desemboca derecho al mar sino que se permite una fantasía: la de recorrer, tocando al paseo, a nivel más bajo, toda la playa para desembocar al punto extremo del sur, exactamente a tocar la muralla. Casi ni desemboca: el agua, al fin y al cabo en poca proporción, tiene, al llegar al mar, el paso muy estrecho. Queda, pues, estancada, y es aprovechada por las mujeres del pueblo para hacer la colada. Pero todo el lecho no permite la acumulación de arena. El paso, pues, hundido, es de agua y suerte hay de unas pequeñas palancas para poder trasladarse de la playa al paseo.

Tossa tiene mucho interés. Su belleza natural es impresionante. La roca del Cabo tiene una gran presencia. Desnuda de vegetación, estricta y redonda, posee una severidad a la cual todo el mundo tiene que ser sensible. Hasta llega a tener una expresión de reprensión o de enfado. Es el disgusto contra las frivolidades, la protesta contra el artificio humano visto que la belleza auténtica es la eterna, permanente y natural. Al lado de los atrevimientos humanos, el Cabo reclama los derechos preferentes de la inmutabilidad: no volúmenes pequeños y lisos, de colorines o blancos, de un grosor risible, sino la preeminencia de aquello que existe desde miles y millones de años, no construido por la mano del hombre sino creado por una fuerza inmensa.

El Cabo, sin embargo, por sí mismo, no sería nada: necesita el complemento de la bahía. Tossa, pues, quiere hallar, a través de los contrastes, el equilibrio. Si la masa rocosa del Cabo acusa una tendencia hacia la brutalidad, el conjunto halla la ternura con la línea fina de la bahía. Hay más que el prestigio del color: pardo o claro en

TOSSA, antiguo Palacio que Posidón (Neptuno) regalara a la ninfa Toosa

(continúa de la pág. 16)

Toosa quedóse anonadada. Asombrada. Perpleja. Cual si estuviera viendo visiones. Y Posidón continuó:

—Aquí vivirás feliz y dichosa. Y tu nombre pasará a la posteridad. La Humanidad hablará de ti. De tus beldades exquisitas y soberbias. Porque este rincón se llamará Tossa... Igual que tú.

La ninfa, fascinada ante tanta maravilla y conquistada por las

prometedoras frases de Posidón, no opuso resistencia alguna a los brazos del dios, que atenazaron su figura. Al contrario. Ella alzó su cabeza. Las miradas de ambos chocaron. Había un extraño brillo en las mismas. Y un ósculo fogoso, apasionado, selló un pacto...

* * *

Y allí nacería, poco tiempo después, un monstruo terrible: el cíclope de Polifemo. El que

ayudaría a su madre, Toosa, en la lucha que ésta sostuvo con Medea y Jason —cuando los dos amantes regresaban de las islas Medas, en donde habíanse refugiado—, para arrebatarles el codiciado y perseguido vellocino de oro. Y el que, al final, mordeería el polvo de una cruel derrota, merced al valor y la astucia de Ulises, que lo dejaría en la penumbra de la ceguera...

EMILIO CASADEMONT

las peñas, rosado o rojo en la arena, azul en el agua y, más pálido, en el firmamento. Es toda una suavidad de curvas, una delicadeza de perfiles, una atenuación de toda clase de violencias.

El pueblo, concebido en pequeño, delicioso: calles estrechas, a menudo sinuosas, con casas bajas a ambos lados. Es cierto que se presenta, de vez en cuando, alguna vieja casa de piedra de ancha fachada y puertas y ventanas que hacen abrir el ojo. Todo, sin embargo, en general, es de tono menor, con una plaza única, desigual, sin espacio posible para los árboles y, más allá, hacia el rincón del Cabo, la pequeña pescatería donde queda hecha la subasta múltiple y diaria del alimento pescado.

La «Vila Vella» presenta al acto un mundo diferente. Claro: la muralla marca una línea divisoria muy precisa. El recinto tendría que ser ocupado por fantasmas. Lo es por gente viviente, que, cuando le parece bien, pone a secar, caseramente, la ropa de la colada tocando a las paredes de defensa. Ya se entiende: las viejas piedras, por parte de aquéllos que las han visto siempre, tienen un prestigio muy escaso. Al fin y al cabo, además, presentan muchas adulteraciones.

Ha sido y es necesario, a cada momento, remediar los desperfectos hechos por el tiempo. Bien mirada, la gente del lugar tiene incluso una expresión irónica: al descubrir el embabiecamiento de los visitantes.

Calle arriba, hay lugares de ambiente pesebrístico, cada piedrecita colocada en el lugar preciso, el musgo abundoso para eliminar las asperezas, una pulcritud de prodigio.

Las casas, una sobre la otra, cada una de ellas en un plano diferente. Después, más arriba, un viejo templo gótico en ruinas, sólo el ábside mantenido en una cierta consistencia. Aún más lejos, el recinto del faro, con el ojo de vidrio monstruoso y fijo. Más tarde, el mirador sobre el Codolar. Barcas abajo, sobre un poco de playa, y altas escarpaduras alrededor, en las cuales aparecen, para la comunicación con la arena, escalones.

Desde La Bauma, la perspectiva mejor. Una gran extensión de agua, avanzada hacia tierra, cortada al sur por el Cabo y después sin ningún límite hasta el horizonte. Cerca de las rocas, el adorno constante de la espuma. Ya puede haber bonanza. La simple respiración del mar, con el pequeño subir y bajar, produce la existencia de una blancura como de puntilla de encaje. El mar, al subir, hace como una lengua: lame y suaviza, sube sobre la roca. La capa fina de agua también descubre su infinidad convertida en blancura. Es como el hacer y deshacer de Penélope; un hacer y deshacer, sin embargo, de duración muy breve; siempre, con todo, reemprendido y renovado y nunca extinguido del todo. A punto de desaparecer, el adorno de puntillas vuelve a presentarse estallante, luminoso, hiriente. Todo, acompañado del canto siempre igual, monótono, pero nunca pesado, un canto amigo, estimulante.

JORGE ELIAS



X año, 28 agosto 1966.



PINTURA RAPIDA



Perpiñá 66.

TOSSA